Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 237– 11 de abril de 2017

En este número

Te ofrecemos

1. **Descanso durante la Semana Santa,** *Emilio Álvarez Frías*
2. **La verdadera vigencia,** *Manuel Parra Celaya*
3. **El Guernica de Picasso,** *José Mª García de Tuñón Aza*
4. **España no fue colonizadora: fue civilizadora y evangelizadora,** *Juan Manuel de Prada*
5. **Vestidos para matar,** *Arturo Pérez Reverte*
6. **Renace la identidad europea. Se espantan los apátridas,** *Javier R. Portela*
7. **La vigencia de José Antonio,** *Jorge Bustos*
8. **España: el terrorismo blanqueado,** *Herman Testsch*

Descanso durante la Semana Santa

Emilio Álvarez Frías

En plena campaña contra la Iglesia, hemos entrado en la Semana Santa, festividad religiosa por excelencia en el mundo católico. Imaginamos que los detractores del cristianismo, ya sea desde el Parlamento, ya en el Senado, o en los parlamentos de las Comunidades y Ayuntamientos, sin omitir instituciones de todo tipo, ni olvidar declaraciones de estos y aquellos en la prensa, en la tele o en el bar de la esquina, se tomarán unas vacaciones, pues ahora toca ir a descansar, que aunque la festividad tiene fundamento profundamente religioso, no por ello los ateos, no creyentes, o perseguidores van a desdeñar esos días de asueto. Y se marcharán a cualquier playa de España, o a dar una vuelta por París o la Riviera Maya, Londres o Moscú. Incluso entre ellos habrá quien se vista con el capirote de nazareno y se cuele en alguna procesión; incluso es posible que alguien quiera aprender algo sobre penitencia y empiece por

actuar de costalero cargando la parte proporcional que le corresponda de algún paso procesional de Sevilla o Málaga. Hay gente pa'tó, que decía el torero. En estos días de Semana Santa, quizá con gran sentimiento, se darán un íntimo permiso para dejar de pensar en eso que se empeña en no querer entender qué es el cristianismo, y cerrarán la puerta a la «Doble llave –que decía Joaquín Costa– al sepulcro del Cid, para que no vuelva a cabalgar», aunque me temo que, a la vuelta del «merecido» descanso, volverán con las mismas monsergas, con iguales incontinencias, y soltando la misma baba. Pero ahora cabe pensar estarán tranquilos.

Por ello esperamos que los días discurran tranquilos, el sol ponga su luz y calor para que se luzcan todos los desfiles profesionales y las gargantas mantengan su esplendor para dedicar saetas a la Virgen en sus diferentes advocaciones, y al Cristo clavado en cruz. Y no falten las mantillas que tan

elegante hace a las señoras.

Nosotros, fieles a nuestro quehacer, iremos con nuestro botijo repleto de agua fresca para calmar en lo posible la sed de los costaleros. En otros tiempos «el del botijo» era pieza clave en infinidad de lugares en los que participaba el pueblo: en un partido de futbol, en la plaza de toros o en la tienta de contrabando en cualquier dehesa por los aprendices de torero, en las meriendas en el campo, en el oficio del andamio, en todas partes donde se juntaban personas, se hacían esfuerzos y no era escaso el calor. Para acompañar a los costaleros hoy hemos tomado un botijo clásico, de los alfares de La Rambla, Córdoba, que producen un agua deliciosa.

La verdadera vigencia

Manuel Parra Celaya

Nos suele suceder a muchos que, cuando vemos el nombre de José Antonio en negro sobre blanco, nos lanzamos a devorar el escrito es cuestión, e incluso a sobrevalorarlo. Como en los últimos años se han venido prodigando este tipo de situaciones –libros, estudios, artículos, referencias…– prácticamente no damos abasto en lecturas y comentarios; a la vez, hemos aguzado los sentidos y nada más lejos de nosotros, a estas alturas, que aceptar cada manifestación de ese *fenómeno* con una actitud acrítica.

La última frase requiere algunas explicaciones. En primer lugar, la atribución de la cualidad de *fenómeno* no es gratuita: más de ochenta años después de su muerte en Alicante, es el único personaje de su época cuyo eco llega a nuestros días, suscitando en ocasiones apasionamiento; tanto si es objeto de descubrimiento y sorpresa, como si se llega a la admiración o al rechazo, o, mejor, de materia de estudio riguroso, constituye un hecho que no se suele repetirse con otros pensadores y políticos de su momento histórico. En segundo lugar, hemos llegado a la situación en que, a esos muchos joseantonianos que decía, nos sobran tanto las hagiografías como los desprecios sin fundamentar.

Pero, en tercer lugar, en los últimos tiempos el nombre de José Antonio o de la Falange se han convertido en un lugar común, citado por políticos y periodistas como arma arrojadiza –especialmente por parte de la derecha neoliberal mimetizada de socialdemocracia– contra sus adversarios *emergentes*, pretendiendo su identificación con los confusos *populismos*, de derecha o de izquierda.

Este es el caso del artículo *La vigencia de José Antonio*, que Jorge Bustos publica en *El Mundo* de 7-IV-17, en el que, tras este título que nos parece confuso y aun engañoso, lleva a cabo una defensa a ultranza –no exenta de autocrítica– del Sistema vigente en Europa.

La entradilla me pareció ya sospechosa: *Un fantasma familiar recorre Europa y se parece mucho a José Antonio*. Luego, destaca, eso sí, el anticapitalismo falangista y el lema del *fascista* Ledesma –inevitable el epíteto– de *patria, pan y justicia;* el hecho de que el Fundador *luchó contra una derecha que conserva hasta lo injusto y una izquierda que destruye hasta lo bueno*; el carácter poético del mensaje joseantoniano (*estaba convencido de que a los pueblos los mueve la fe de los poetas, no la razón de los burócratas*), y en este punto uno empieza a darse cuenta de que el periodista solo se ha acercado a José Antonio de una forma superficial.

En efecto, nada más racional que el pensamiento joseantoniano, defensor de *lo difícil* y opuesto a *lo espontáneo*, y no solo en lo territorial, sino en todo aquello en que el sentimiento, bello, pero

siempre sostenido sobre terrenos pantanosos, se opone al intelecto humano y a su fuerza creativa. A diferencia de otros líderes, José Antonio se empeñó en dotar toda su elaboración ideológica, constantemente revisada y completada, de una base intelectual.

Así –y continuando con el artículo del Sr. Bustos– el concepto de nación no es de una *comunidad imaginada o sentida* (mucho nos tememos que el articulista de *El Mundo* tiene cierta aversión a la Metafísica y confunde los términos), ni capaz de atribuir el concepto de *unidad de destino* a los localismos particularistas de entonces y de ahora; José Antonio lo atribuye a las comunidades históricas que se han justificado cumpliendo una función determinada entre otras comunidades, integrando en el proyecto *patrias chicas*, caso de España y, como sostenemos muchos joseantonianos actuales, desiderátum de una Europa Unida, que el Sistema que defiende el Sr. Bustos no ha sido capaz de consolidar.

Recae de nuevo el periodista en lo superficial y en lo coyuntural: *la Falange se declaraba enemiga del mercado* (¿no sería del mercado como única ley deshumanizada y deshumanizadora?), *imponía el tuteo frente al viejo decoro burgués* (pero con el sello de una elegancia totalmente alejada de las actuales prácticas parlamentarias populistas), *prefería el cambio abrupto* (¿y quién no en los años 30?) y *definía el liderazgo político por el amor, aunque en la práctica ejercía la autoridad* (¿son incompatibles amor y autoridad? ¿No estamos confundiendo amor con el *buenismo* al uso?).

A partir de este punto, D. Jorge Bustos afirma sus preferencias, sosteniendo que entre los viejos *nostálgicos* y los jóvenes de la *burbuja digital pueden dar al traste con el orden demoliberal que ha sostenido siete décadas de paz y prosperidad*. Vamos a ver: ¿quién, si no este orden ha provocado la nostalgia en los viejos y ha encerrado a los jóvenes en su burbuja?, ¿quién, si no este orden ha provocado la guerra de los Balcanes, por ejemplo, y otros conflictos por su afán de imposición de sus esquemas en todo el mundo?, ¿quién, si no este orden, ha menospreciado la dignidad humana, ha convertido el trabajo en una mercancía (mercado de trabajo), ha empujado a multitudes al paro y a la pobreza, ha encanallado a amplios sectores sociales y ha provocado la desconfianza, en definitiva, hacia el propio Sistema?

Decíamos que la legítima defensa de sus ideas no está exenta de autocrítica, efectivamente: *la pasividad de los mejores* (que no suelen coincidir –nos atrevemos a sugerir– con los rectores de la sociedad demoliberal), la necesidad de *abolir la tribu sin despreciar la emoción patriótica* (¿y por qué no superar con un patriotismo racional y a la vez emotivo la tentación de la tribu?), *desconfiar del Estado y a la vez vigilar la desigualdad* y la carencia de una *vibrante pedagogía* por parte de los defensores del Sistema.

En este último punto de la autocrítica del Sr. Bustos, nos gustaría matizar que esos defensores y líderes no pueden ocuparse de otra *pedagogía* que la que queda encerrada en los estrechos límites del materialismo que sustenta la ideología actual; y me permito humildemente aconsejarle que profundice en el pensamiento de José Antonio para ver si encuentra en él lo más importante: los resortes espirituales como leit motiv de su propuesta; quizás así llegaría a entender, sin necesidad de echar por la borda todas las conquistas reales del *Estado social de mercado* –que actualmente está tan poco definido como aquel Estado nacionalsindicalista, con la diferencia de que a José Antonio no le dieron tiempo de concretarlo, *entre la saña de un lado y la antipatía del otro*– las razones de la vigencia real de su pensamiento y la atracción por su figura.

Por último, no se puede asemejar en modo alguno el corpus ideológico joseantoniano con una *pasión nacionalista de derechas o de izquierdas*, sencillamente porque su rechazo de todo

nacionalismo queda patente en sus escritos y discursos; desarrollando este rechazo para la actualidad, serviría tanto para los estrechos nacionalismos separatistas internos de las naciones como para los euroescepticismos regresivos.

Sr. Bustos. Coincido con usted en el título de su artículo, *la vigencia de José Antonio,* pero esta se sustenta, precisamente, en que puede anunciar la alborada del siglo XXI, cuando todos los europeos tengan acceso a un trabajo digno, cuando una justicia social profunda pueda sustituir a las dádivas del estado demoliberal, cuando la poesía no sea incompatible con los fríos números de la economía de mercado, cuando la solidaridad supere al individualismo, cuando las gentes se encuentren auténticamente representadas en las cámaras, cuando no se ponga en entredicho la unidad de España ni la de Europa, y cuando una Europa unida y de todos cumpla su destino en lo universal.

El *Guernica* de Picasso

José Mª García de Tuñón Aza

No es la primera vez que desde este mismo medio me ocupo del famoso cuadro pintado por el malagueño. Ahora, en este año y en este mes, vuelve a estar de actualidad porque faltan pocas fechas, el próximo día 26, para que se cumpla el 80 aniversario del bombardeo de la localidad vasca de Guernica. Ríos de tinta han corrido en los medios de izquierda y también sus aliados tontos útiles, o inútiles, de la progresía española, para volver a recordarnos lo que pasó aquel día. No se cansan, no, de volver sobre el tema tantas veces como se haga necesario. Claro, que también, como tantas veces se haga necesario, nunca se referirán a otro bombardeo al que me referiré más adelante, producido por la aviación roja y que causó un número aproximado de muertos como los que hubo en Guernica. Con ello no pretendo hacer ningún tipo de comparación ni menos de justificar nada, simplemente recordar hechos que ocurrieron y otros callan. La historia, lo he repetido muchas veces, ha ido la que fue y no solo la parte de lo que a unos les interesa.

Leía estos días en un periódico que el *Guernica* de Picasso es la obra más importante del siglo XX. A mí, sinceramente, me sorprendió un poco porque la pintura, como cualquier obra de arte, no juega en ninguna liga que nos lleva a saber quién es el que finalmente suma más puntos. Decir que Picasso pinto la obra más importante del siglo XX, o sea, del mundo mundial, me parece un poco exagerado porque habrá otros expertos que tengan gustos distintos o preferencias distintas, para poder considerar otros cuadros como la obra más importante del pasado siglo. No sé, por ejemplo, habrá quienes les guste más *El grito* del noruego Edvard Munch; o *El beso,* del austriaco Gustav Klimt; o *La danza,* del francés Henri Matisse; o *Paisaje de verano,* del ruso Kazimir Malévitch; o cualquier *Bodegón,* del también español, Juan Gris.

Y como sobre gustos no hay nada escrito, puedo decir y digo que cualquier obra citada me gusta más que el *Guernica* de Picasso que lo han convertido, algunos, en el icono de nuestra guerra civil. Quizá por eso alcance su mayor fama. Si hubiera llevado otro título posiblemente no hubiera obtenido tanta notoriedad. Con ello no quiero dar la impresión que desee desmerecer esa obra maestra, pero de ahí a ser la más importante del siglo XX hay un buen trecho. Lo siento, porque quizá, no opine como yo, mi buen amigo, biógrafo de Picasso, el poeta Rafael Inglada, a quien conocí en Oviedo en una exposición itinerante, de la que él era comisario, donde se podía

contemplar, entre otros, el cuadro del pintor falangista, Ponce de León, titulado *Autorretrato (Accidente).* De este pintor, Dionisio Ridruejo dice que cuando «ya las cosas estaban muy avanzadas, solía acercarse a su casa silbando el himno falangista y seguramente no dejó de silbarlo hasta que se lo llevaron al muro». Era el 29 de septiembre de 1936, el mismo día en que también asesinaron a su hermano Guillermo, y un día antes que hicieran lo mismo con su padre. Otro hermano, Juan, también asesinado por los rojos el 7 de noviembre siguiente. Inglada, como muchos lectores sabrán, es el autor de la recopilación de once poemas de José Antonio. «Reducir, como a menudo se ha hecho, una figura como la de José Antonio, tan discutida y tan rica en matices, a una sola faceta –la política–, es no solo injusto, sino incluso y sobre todo opuesto a la verdad», escribía en esa edición. Años más tarde hubo una nueva, donde publicaría dos poemas más.

Pero volvamos al bombardeo de la localidad de Guernica y al famoso cuadro de Picasso, que a partir de ya, toda la prensa de izquierdas, y sus compañeros de viaje, no cesarán de recordarnos el 80 aniversario de aquel 26 de abril de 1937. Sin embargo ha pasado totalmente desapercibido el 80 aniversario de una bomba que cayó sobre Oviedo, el 10 de septiembre de 1936, que produjo casi el mismo número de muertos que las que cayeron sobre la localidad vasca. Solamente un pequeño recordatorio publicado en la segunda página de un periódico ovetense, el mismo que ya se había adelantado ofreciendo a sus lectores, la última página, el bombardeo de Guernica. Pero el aniversario de la bomba que cayó sobre la capital de Asturias, solo la pluma del periodista Javier Neira nos recordó aquel 10 de septiembre de 1936: «Hoy se cumplen 80 años de un suceso especialmente trágico. Uno de los aviones que de forma sistemática bombardeaba Oviedo lanzó un artefacto sobre la casa de Chorín, esquina Caveda y Foncalada, matando a 120 personas que allí se refugiaban. Espero que el tripartito acuda esta mañana puntual al lugar, deposite una corona de flores y asista a las explicaciones de algún reputado especialista. La Ley de la Memoria Histórica exige, siquiera moralmente, ese gesto de las autoridades municipales». Por supuesto que ningún concejal del tripartito –Podemos, IU y PSOE– depositó, en aquel lugar donde cayó la bomba asesina, ningún ramo de flores, ni tampoco ningún otro medio recordó a los ovetenses aquel día.

Que el nombre de Guernica haya ingresado en la historia como sinónimo de terror del bando nacional se debe a Picasso. Pero éste no pintó su famoso cuadro impactado por el horror. En realidad, recogió unos apuntes realizados anteriormente en un cuadro que iba a presentar en la Exposición Mundial de París de 1937. Si se produjo un bombardeo lo más lógico era mostrar aviones y bombas, pero Picasso sólo pintó un toro, un caballo, una mujer y poco más. Esto motivó el desconcierto de algunos historiadores que se hicieron la siguiente pregunta: «¿Qué tiene que ver eso con Guernica?».

España no fue colonizadora; fue civilizadora y evangelizadora

Juan Manuel de Prada

A José Antonio Sánchez, presidente de RTVE, le han montado un aquelarre por afirmar que España «no fue colonizadora, sino civilizadora y evangelizadora». No debe extrañarnos tan furibunda reacción; pues, el españolito medio siempre ha sido una cacatúa orgullosa de regurgitar todos los topicazos de la Leyenda Negra, como nos explicaba Joaquín Bartrina en unos versos célebres:

Así, aceptando las tergiversaciones elaboradas por nuestros enemigos seculares, hemos llegado a avergonzarnos de los episodios más gloriosos de nuestra Historia, en un aberrante proceso de patología colectiva.

Yo agradezco mucho a José Antonio Sánchez, de cuya teta nunca he mamado, que haya tenido el valor de confrontar al enfermo con su odiosa patología masoquista.

España fue, en efecto, civilizadora y evangelizadora. Llegó a América con una idea muy sencilla y, a la vez, vertiginosa: Dios había hecho nacer a todos los hombres de una misma pareja; más tarde, había querido que su Hijo se pasease por el mundo en carne mortal, como si fuera descendiente de aquella primera pareja; y, ya por último, había entregado su poder al Papa, que a su vez se lo había alquilado a los reyes españoles en aquellas regiones del planeta.

Universidad de Santo Tomás de Aquino, tenida por la primera de América, fundada mediante bula papal de 28 de octubre de 1538

De lo que se deducía que los habitantes de aquellas regiones eran súbditos del rey español, fieles al Papa e hijos de Dios, por ser descendientes todos –como cualquier rey o Papa– de aquella primera pareja.

Y algo tan sencillo y a la vez tan vertiginoso fue posible porque España era entonces la única nación europea que custodiaba íntegro el concepto medieval –escolástico– de la unidad universal de todos los hombres. Por supuesto, muchos españoles que se fueron a América albergaban crudos instintos materiales.

Pero sobre su crudo materialismo se impuso la noción escolástica de unidad universal de todos los hombres. Por eso la reina Isabel montó en cólera cuando, de una de las primeras expediciones colombinas, le trajeron indios para que los tomase como esclavos; y ordenó reunir a sus mejores teólogos, para que le explicasen lo que ella ya sabía: que los indios eran tan hijos de Dios como ella misma.

Universidad de San Marcos, Perú, que disputa con la de Santo Domingo la primacía en América, y que empezó siendo los Estudios Generales en el Convento del Rosario, de los dominicos el 12 de mayo de 1549

Y enseguida la tesis misionera se alzó frente a la tesis colonizadora; y surgió el «derecho de gentes», amparando al indígena frente a los poderes temporales. Aquella fue la mayor empresa civilizadora que vieron los siglos.

Luego, en la práctica cotidiana, se cometieron muchos abusos –como también Sánchez reconocía en su discurso–, porque había españoles crueles y ambiciosos. Pero españoles fueron también quienes denunciaron estos abusos, desde Bartolomé de las Casas a mi paisano Toribio de Motolinia.

Y españoles fueron, en fin, los reyes, obispos y jurisperitos que defendieron a los indígenas con leyes humanísimas, sin parangón en la época. Una nación se define por los principios que sus mejores hijos sostienen, no por los abusos que sus bastardos perpetran.

Y, además, por cada español cruel hubo siempre un fraile con los cojones muy bien puestos que se liaba a zurriagazos con él y lo amenazaba con la condenación eterna, obligándolo a pagar los estudios del indígena maltratado o a acoger a la indígena a la que había dejado preñada.

Así, el español se fundió con el indígena, dando lugar a la más hermosa raza que vieron los siglos. Bastardo sea quien denigre esa raza; y bastardo también quien reniegue de la empresa que la hizo posible.

Vestidos para matar

Arturo Pérez Reverte *(XLSemanal)*

Hoy vamos de frívolos. De moda. O quizá, después de todo, en el fondo no sea la cosa tan frívola como parece. Lo cierto es que no estoy nada puesto en tendencias indumentarias, así que lo de hoy cárguenmelo a título de simple observador. Cosas de un fulano de sesenta y cinco tacos de almanaque, que mira y que tiene en la memoria algunos libros y recuerdos de vida que conformaron su forma de mirar. Así que en estos tiempos de pieles tan finas y superficiales, donde basta opinar de cualquier cosa para que –a veces con una osadía fruto de la ignorancia– se desate una cascada de respuestas adversas e indignadas en redes sociales y demás, consideren la página de hoy como simple opinión, personal e intransferible, de alguien a quien su biografía dio motivos para mirar como mira. No se ofendan, por tanto, quienes se crean más o menos aludidos. No deberían. Y si se ofenden, pues oigan. Que les vayan dando.

No sé si es moda reciente o casualidad, pero en los últimos tiempos me cruzo con mucha gente, sobre todo mujeres, vestida con prendas confeccionadas con camuflaje militar: pantalones, chaquetas y cosas así. Una indumentaria que en otros tiempos se denominaba mimetizada; y que, como saben ustedes, sirve principalmente para que cuando un soldado está metido en faena pueda disimularse mejor en el terreno y al enemigo le cueste más echarle el ojo. De toda la vida, esas prendas han sido también utilizadas en la vida no bélica, tanto por cazadores y gente que se mueve en la naturaleza, para quienes lo de camuflarse es importante, como –ahora menos que antes, pero todavía se ve– por gente de oficios rudos para la que van bien prendas sólidas de trabajo: albañiles y currantes así. Yo mismo, nunca en la vida civil sino cuando me ganaba la vida como reportero dicharachero de Barrio Sésamo, me vi obligado –sólo una vez en veintiún años, pero ocurrió– a vestir ropa de esa clase en 1977, en circunstancias que lo aconsejaban bastante. Quiero decir que lo del camuflaje está bien para lo que está. Para camuflarte cuando no quieres que te vean, o cuando alguien puede volarte los huevos, o su equivalente.

Por lo demás, y siempre en mi opinión, la ropa de camuflaje tiene de simpática lo que el presidente Rajoy tiene de respeto a la cultura en España. Cero patatero. Aunque la cosa puede ir más allá. Hasta volverse desasosegante, fíjense. Incluso siniestra. Todo depende, claro, de lo que uno asocie en su cabeza con esas manchas ocres y verdes. De ahí mi extrañeza, e incluso malestar, cuando me cruzo por la calle con un chico que lleva una chaqueta mimetizada, o –de éstas he visto muchas últimamente– una mujer con prendas de camuflaje, que es lo que ahora parece más en boga; sobre todo una clase de pantalones ceñidos, complementados con tacones, o no. Líbreme Dios, o quien sea, de criticar lo que es muy libre de vestir cada cual y cada cuala. Pero lo que no puedo evitar al ver eso es un chirrido interior, como digo. Un malestar personal. Un eco amargo hecho de memoria y de sombras. Me pasa como cuando, más de veinte años después, escucho por la calle lenguas eslavas. Nada tengo contra los eslavos, claro. Pero no puedo evitar que se me disparen automáticamente los recuerdos de tres años en los Balcanes: paisajes hostiles, casas ardiendo, prisioneros llevados a culatazos al matadero, voces con acento eslavo amenazando, ordenando, gimiendo, suplicando.

Dudo mucho que quienes visten tranquilamente esas ropas de camuflaje para ir a tomar una copa o pasear con la familia las llevaran con la misma naturalidad si sus recuerdos se mezclaran con los míos, o con los de tantos otros que estuvieron pisando cristales rotos en lugares desagradables. Dudo también que esos diseñadores de moda frívolos hasta la estupidez –recuerdo desfiles de moda con estilo militar en París, Nueva York y Madrid en plena guerra de Bosnia– se atrevieran a ello de haber transitado, aunque sólo fuera un rato, por lugares donde cuanto quedaba de una familia eran álbumes de fotos pisoteados en el suelo y cuerpos pudriéndose en el patio trasero entre zumbidos de moscas. Donde asesinos vestidos de uniformes confeccionados con la misma tela mataban, violaban, saqueaban y volvían más negro y más horrible el lado oscuro de la vida.

Cada uno es libre de vestir como le salga, naturalmente. Ya lo dije unas líneas más arriba. Sobre todo si no es consciente de lo que significan ciertas prendas. Pero si lo sabe –y por el mundo circula suficiente información como para saberlo–, no debería sorprenderse de que lo miren raro.

Renace la identidad europea. Se espantan los apátridas

Javier R. Portela *(Posmodernia)*

Se les empieza a notar inquietos, hasta con miedo, la verdad, a quienes hoy dominan el mundo. No sólo a quienes lo hacen con la fuerza del dinero o del poder político. También a quienes lo dominan impregnándolo todo de un «espíritu» cuyo materialismo es la negación misma de cualquier aliento espiritual: periodistas, burócratas, eurócratas… Tanto ellos como quienes los siguen llevan años bañando y bañándonos en la gran delicuescencia en la que el individualismo, el atomismo y su gregarismo hacen que se diluyan los pueblos, se licúen los arraigos, se descompongan los ideales, se disuelvan las identidades (¡hasta las sexuales!…) al tiempo que llega el último hombre, sonríe, hace un guiño y dice –decía Nietzsche– que es feliz.

Felices eran nuestras élites (dejémoslo en pseudoélites: esa gente no tiene otra excelencia que la de la pasta) y felices siguen siendo aún; pero la inquietud se adueña de ellas (y de sus seguidores) cuando ven el reguero de pólvora que no logran detener mientras va extendiéndose cada vez más.

Está claro, el renacer de los pueblos y lo que ello implica: arraigarse en la historia, enfrentarse a la disolución de las identidades nacionales y culturales; combatir asimismo las necedades de lo políticamente correcto, sin olvidar la fealdad del mundo (la de los monstruos urbanos, la de la naturaleza degradada y la de un «arte contemporáneo» cuyas obras pretenden que lo feo es bello); rebelarse, en suma, contra la vulgaridad de un orden vil y gris que ignora lo grande y desprecia lo noble: todo ello lo tenemos ya ahí, pujando con fuerza por afirmarse, por triunfar. Pero la partida aún está lejos de haber sido ganada. Nos encontramos hoy mismo en una especie de terreno de nadie, en una de esas encrucijadas en las que un mundo viejo ya no se sostiene, se tambalea, bastaría casi con darle un empujón…, pero ningún mundo nuevo está ya ahí, presto a dárselo.

¿Un mundo nuevo?

Sí, de eso exactamente se trata: de que se configure en el mundo todo un nuevo espíritu. No se trata sólo de cambiar determinadas (y nefastas) políticas. Bienvenidos sean los cambios de gobierno. Pero de lo que se trata no es de cambiar de gobierno. Se trata de cambiar de mundo, de acabar con ese orden caduco al que cabe calificar con un término compuesto: el orden (el desorden, en realidad) liberal-libertario. Dos son, en efecto, sus componentes, como dos son los grandes frentes en los que se despliega el combate.

Por un lado, el frente liberal o, más exactamente, liberal-capitalista: ese capitalismo liberal (o socialdemócrata, si se prefiere: tanto monta, monta tanto…) que parecía haber alcanzado una

especie de generalizado Reino de Jauja durante las décadas de gran bonanza económica que siguieron al término de la II Guerra Mundial. Pero el Reino de Jauja se acabó. Sobre todo desde que, allá por 2008, se inició la Crisis que estremeció los cimientos del sistema financiero-bancario internacional, se ha venido abajo todo aquel ensueño que, aumentando las migajas caídas de la mesa de los más opulentos, hacía creer a sus receptores que también el ámbito económico era terreno en el que plasmar el ideal igualitario que subyace en la concepción moderna del mundo.

Derrumbados aquellos señuelos, despertados de aquellos sueños, es entonces cuando se han ido abriendo los ojos de los receptores de las migajas. Sumidos éstos, no en la pobreza, es cierto, pero sí en la precariedad, es lógico que hayan acabado poniendo en la picota al Sistema: a ese neoliberalismo que ha dejado de ser, en cuanto a lo fundamental, capitalismo industrial productor de bienes (lo que de él queda traslada sus factorías a lejanos enclaves de trabajo casi esclavo) para pasar a ser mero productor de viento –y de ganancias para sus emisores–. El viejo capitalismo industrial se ha convertido en ese alucinado tinglado especulativo-financiero por cuyos remolinos revolotean y se cruzan a diario, de un extremo a otro del planeta, miles de millones de divisas, bonos y acciones no sustentados en nada: ni en cosas ni en trabajo.

Pero la pauperización de las clases populares a la que conducen la especulación y la globalización no lo explica todo. Queda el otro ámbito, el otro frente: íntimamente ligado al económico, pero distinto también. Queda el ámbito liberal-libertario. Queda el nihilismo que destila su nada por los poros de un cuerpo social concebido… como un no-cuerpo, precisamente: como lo radicalmente opuesto a un todo orgánico. Queda, en una palabra, la concepción de lo que hoy llamamos «sociedad» (en otros tiempos se la denominaba «polis») como la apelmazada, masiva suma de átomos tan individuales como gregarios.

Y queda todo lo que de ello se deriva. Quedan las mil disoluciones de un mundo en el que, sin entidad ni arraigo, todo –recordábamos antes– se hace líquido, delicuescente: desde la desintegración de la identidad sexual cuya expresión última es la ideología denominada «de género», hasta la disolución mayor: la de la identidad colectiva de los hombres que por primera vez en la historia se convierten en apátridas voluntarios.

Los apátridas voluntarios

Queda también lo que, a su vez, se deriva de ello. ¿Cómo los apátridas para quienes da exactamente igual ser de Europa, África, Asia, América o Arabia, no iban a dar la bienvenida (Welcome Refugees!) a las muchedumbres de una invasión migratoria que las oligarquías atraen por obvias razones económicas, y que, si no se corta, acabará con la identidad cultural de Europa?

Carecer de identidad significa no saber ni quién es uno ni quiénes somos todos. Ocurre, sin embargo, que «nadie –subraya José Javier Esparza– puede vivir sin saber quién es, y menos pensando que es un miserable»: como miserable es –pretenden los apátridas– el pasado de los pueblos otrora grandes y poderosos que van hoy dándose compungidos golpes en el pecho, maldiciendo y arrepintiéndose por sus glorias de ayer.

Nadie puede vivir sin identidad –aún menos escupiendo sobre ella–. Cabe intentarlo, es cierto –nuestros tiempos lo prueban–, pero a la larga no es posible. Y como no lo es, empiezan ya a quebrarse las insustanciales pero férreas cadenas con que los hombres –esos locos, esos desventurados– han intentado asirse a la nada.

Mientras empiezan a soltarse las cadenas, empieza también a cundir el miedo entre los creadores y beneficiarios del asidero.

La vigencia de José Antonio

Jorge Bustos *(El Mundo)*

Un fantasma familiar recorre Europa y se parece mucho a José Antonio Primo de Rivera. Su obra política fue resumida en un fogonazo de magnesio de Foxá: «La Falange es una hija adulterina de Carlos Marx e Isabel la Católica». Aquí solemos destacar más la maternidad nacionalcatólica de la criatura que su paternidad anticapitalista. ¿Cuántos tiernos votantes de Podemos, de esos que han oído hablar de patria por primera vez a Pablo Iglesias –¿alguien recuerda semejante palabra en boca de Rajoy?–, enmudecerían al descubrir que el lema del fascista Ledesma no reclamaba casta, Ibex y palcos sino «patria, pan y justicia»?

Cuando el Valle de los Caídos vuelve periódicamente a las tertulias lo hace siempre a propósito de Franco y no de su joven vecino de Huesa, que es el que realmente está de moda. Luchó contra «una derecha que conserva hasta lo injusto y una izquierda que destruye hasta lo bueno». José Antonio estaba convencido de que a los pueblos los mueve la fe de los poetas, no la razón de los burócratas. Y así es, por desgracia: la tecnocracia parece replegarse en todo Occidente ante el retorno de las naciones como unidades de destino en lo americano, lo británico, lo francés y hasta lo catalán. No se trata de la nación cívica, que nace de un contrato respetado entre ciudadanos, sino de la psicológica: la nación como comunidad política imaginada o sentida. Desde ese presupuesto puramente desiderativo nada impide a Gibraltar constituirse en nación, ni tampoco a Getafe, como sospechaba Camba.

La Falange se declaraba enemiga del mercado, imponía el tuteo frente al viejo decoro burgués, prefería el cambio abrupto a la observancia de una legalidad que juzgaba obsoleta y definía el liderazgo político por el amor, aunque en la práctica ejercía la autoridad. Por eso el gran asunto de nuestro tiempo es este: ¿asistimos al nacimiento de una nueva era o a los estertores del siglo XX, cuyas categorías se niegan a morir? Yo me inclino por lo segundo, atendiendo a la nostalgia de los viejos que dan por ciertos sus prejuicios (¡ah, nuestra Royal Navy en Malvinas!) y al desinterés de los jóvenes que dan por segura su prosperidad (¡ah, la zona de confort de mi burbuja digital!). Entre unos y otros pueden dar al traste con el orden demoliberal que ha sostenido siete décadas de paz y progreso, pero si ocurre será culpa también de la pasividad de los mejores. Una de dos: o caldeamos la tecnocracia o racionalizamos a los orates. El liberalismo ha de ser autocrítico: debe abolir la tribu sin despreciar la emoción patriótica y debe desconfiar del Estado a la vez que vigila la desigualdad. Acusan de elitismo frío a los defensores del sistema, y con razón, porque renuncian a la vibrante pedagogía con que deberían explicar, a aquellos que no perciben su evidencia, por qué el Estado social de mercado es muy superior a sus fracasadas alternativas. Por esa desidia se ven a menudo en medio de un fuego cruzado de pasión nacionalista de derechas o de izquierdas.

Pero hay motivos para el optimismo. Primero porque internet atomiza a la masa en identidades sin otra fuerza revolucionaria que el *trolleo*. Segundo porque el descrédito de la prensa arranca como mínimo de cuando tiraban piedras contra las redacciones que osaron anunciar la pérdida de Cuba. Y tercero porque tampoco es nuevo el euroescepticismo: Stendhal se queja en Roma de que en el siglo XIX resulte imposible emocionarse sin que se rían de uno. Ya llegará el XXI.

España: el terrorismo blanqueado

Hermann Tertsch *(ABC)*

- «Ejecutar a un facha mientras le susurras al oído: Madrid será la tumba del fascismo».
- «Esperemos que Cristina Cifuentes muera antes de las doce, será un puntazo que muera en el aniversario del pioletazo a otra rata».
- «El asesinato de Rajoy va a ser #unatravesurainfantil».
- «Lo único que lamento es que Adolfo Suárez no hubiera muerto con una bomba debajo de su choche».
- «Me molesta que Rajoy no haya recibido aún un balazo en la cabeza».

Durante casi una semana ha sido una cuestión principal en la actualidad política nacional española el dirimir si esas frases son chistes.

Esas y otras no menos crueles y brutales, casi todas expresando un deseo de asesinar o el gozo por el asesinato habido. Todas estas frases son de Ramón Verá, un joven que se declara transexual y se llama ahora Cassandra.

El hecho de que un joven desequilibrado escriba frases salvajes en las redes sociales no tiene importancia.

Sí la tiene que la tercera fuerza en el parlamento español, los comunistas de Podemos, hayan convertido a la inverosímil Cassandra en mascarón de proa para una ofensiva que acabe con las restricciones legales a la apología del terrorismo y la humillación de las víctimas.

Con razonable éxito. La mayor parte de la izquierda española y sus aledaños separatistas, se pliegan ante el señuelo del chiste y la libertad de expresión. Los líderes de Podemos ya tenían un largo historial de tuits de apología del asesinato y la violencia.

La defensa de sus emuladores es ahora un salto cualitativo en la ofensiva contra el Estado de Derecho.

La defensa que plantean ahora Podemos y satélites busca romper los diques legales que impiden considerar a ETA y sus atentados algo positivo para la «democracia progresista».

Maite Irizoki y Michel Berhocoirigoin informan sobre el desarme

Esta nueva visión, que es la etarra, justificaría tanto la gratitud a la «lucha armada» como la movilización en favor de terroristas y sus tesis.

Garantizar la impunidad de la celebración del asesinato o la demanda de la muerte del adversario político abre las puertas a convertir al terrorismo en un factor político normalizado más.

Y debilitar aún más al constitucionalismo. Ahora sufre otro embate en el País Vasco donde toda la izquierda española se ha unido a los nacionalistas en apoyar a ETA y sus organizaciones en la mascarada de la entrega de armas de mañana día 8.

Otra vez la «narrativa» de una ETA progresista con buenas intenciones y merecedora de gratitud.

Como la interpretación de la defensa de los tuits sobre Carrero Blanco, eje de la acusación y condena a Cassandra, pero también eje de la manipulación de sus «defensores».

Este 6 de abril de 2017 mismo, miembros de la sórdida camarilla de propagandistas de la ultraizquierda fomentada paradójicamente en cadena tan cercana al Gobierno del PP como LaSexta, decía que el atentado a Carrero no debía ser considerado siquiera terrorismo porque era contra un «jefe de gobierno genocida».

Nadie denuncia semejantes vilezas contertulias y pocos se atreven a propugnar la aplicación de la ley. Por miedo al conflicto todos tienden a tolerar todo. Hasta lo intolerable. Y así se impone el discurso etarra de la falsificación histórica en toda la izquierda y parte del ultracentrismo.

Nada ha hecho para evitarlo un gobierno del PP que ha mantenido intacto toda la estrategia colaboracionista de Zapatero.

Mientras ayer en San Sebastián voces como Savater, Pagazaurtundúa u Ordóñez pedían lucidez, firmeza y dignidad a los españoles, es evidente que el mensaje antiespañol de la mentira totalitaria avanza, con televisiones volcadas en propaganda afín y un ejército de cómplices que no tienen enfrente más que a un gobierno dedicado a sí mismo y una sociedad moral y políticamente confusa e inerme.

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

ES23.0019.0050.0140.1010.8382

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.